

PARALELISMOS ENTRE CANARIAS Y AMÉRICA:
UTILIZACIÓN ETNOLÓGICA DE SUS PRIMEROS
CRONISTAS

FERMÍN DEL PINO DÍAZ

Agradezco la invitación que se me ha hecho para venir a Canarias, porque gracias a ello he podido comprender, de manera quizá definitiva, hasta qué punto estas Islas fueron una escala estratégica para descubrir el Nuevo Mundo. Obligado por esta «afortunada» ocasión, válgame la intencional parodia, he descubierto nuevos aspectos de las crónicas españolas de América a la luz de las que estas Islas produjeron. Aspectos sospechados ya, y muy viejos en cierto sentido, no sólo por los años que llevo ocupándome de ellos —llevado de la mano de mi profesor don Juan Pérez de Tudela desde el curso 1965-1966, que me devolvió a mi paisano fray Bartolomé con ocasión centenaria de su muerte—, sino por las manos y bocas por las que ha pasado el tema de mi tesis doctoral, a pesar de la aparente novedad en el ámbito académico. Me refiero al contenido etnográfico y etnológico de las crónicas españolas de América.

El paralelismo que hoy quiero abordar no es nuevo tampoco para mí, aun cuando esta visita me haya ofrecido la ocasión de hacerlo más y más evidente. Ya desde 1968, me planteaba yo el caso canario como un antecedente del americano a nivel de la necesaria producción etnológica que tiene lugar en toda situación colonial: me bastó conocer la traducción que hizo sir Roberts Clement Markham de fray Alonso de Espinosa en la Hakluyt (1907) para comprobar que la conquista canaria también había producido crónicas de interés etnológico. Si no, el conocido peruanista inglés no se habría molestado en incluirlo en la colección dedicada a Richard Hakluyt, que al estilo de su continuador Samuel Purchas y de sus antecesores Ramusio y De Bry, tanto recogieron de crónicas españolas de América a poco de escribirse éstas. Quien había emulado a Jiménez de la Espada, del cual aprovechó no sólo sus publicaciones (Cieza y Libro del Conocimiento), sino hasta sus descubrimientos (Francisco de Avila), y quien aportó a la Hakluyt cerca de la veintena de crónicas de interés etnológico sobre América (entre ellas, varias en primera edición, como la Mitología de Huarochirí citada, la Vida y Obras de Don Alonso Enríquez de Guzmán y la Na-

rración de los ritos y leyes de los Incas de Molina y Polo), no habría acogido al P. Espinosa como autor a traducir por él mismo, añadiéndole un «interesantísimo repertorio bibliográfico sobre historia canaria», a juicio del profesor E. Serra¹, a menos que su obra contuviese valor para la historia prehispánica de Tenerife.

Yo había procurado informarme, además, algo sobre el paralelismo histórico que pudiera haber entre la conquista canaria y la americana, para poder relacionar aquella producción literaria de tipo etnológico de ambas con su contexto social. Siendo aquel apartado canario algo externo a mis propios intereses de entonces, me conformé con ligeras nociones obtenidas del conocido artículo de Silvio Zavala en *Tierra Firme* (Madrid, 1935-1936), y de dos manuales de Historia de América como el de Morales Padrón (Madrid, 1962, pág. 131) y de J. H. Elliot (1965, 55-57). Creo que quedé tan convencido que se trataba del mismo sistema colonial y de un mismo tipo de producción etnológica (crónicas de religiosos, a quienes su profesión le obligaba al conocimiento mínimo de la cultura aborigen) que no volví a ocuparme del tema. Utilicé el caso canario como el de la conquista aragonesa del Mediterráneo y la castellana de Granada, como simples ejemplos de situaciones sociales, que daban lugar a inevitables obras y personajes interesados en costumbres indígenas (caso de Raimundo Lulio en Aragón, o de Hernando de Talavera en Granada).

Quizá comprendan mi preocupación «sociologista» en tema tan aparentemente alejado como el estudio de las crónicas si se hubiesen encontrado en mi lugar: me hallaba ante un enorme montón de estudios especializados sobre cada cronista, que resaltaban su rico contenido etnológico (Sahagún, Landa, Tovar, Motolinía, Bernal Díaz, Cieza de León, Bernabé Cobo, Polo de Ondegardo, Acosta, Fernández de Oviedo, Pedro Mártir, y toda una tropa de «gramáticos», siguiendo las huellas de Nebrija) como para atreverme a iniciar otro estudio. Ya estaba más que suficientemente demostrado el hecho, y sin embargo ninguna de las Historias tradicionales de Antropología se molestaba en incluirlos seriamente, ya sea por entrar en un período precienti-

1. SERRA RAFOLS (1943): *Revista de Historia*, 64, p. 280. Cfr. mi comunicación a la *Primera Reunión de Antropólogos Españoles*, publicada por la Universidad de Sevilla, 1975, pero realizada en 1972. Allí intento valorar la utilidad de las traducciones de crónicas españolas de América por ciertas editoriales de orientación etnológica, como signo de valor etnológico en términos de prueba extrínseca. Desgraciadamente, el caso de primeras ediciones extranjeras de nuestras crónicas no es sólo un fenómeno americano, y se da también en el ámbito canario: ahí está el caso del P. Abréu Galindo, editado en Londres dos veces (1764 y 1767) por obra del escocés George Glass, y en Alemania (1777), antes de que en las Islas comenzara el movimiento romántico y se recuperase al P. Abréu junto con el P. Sosa, el P. Espinosa, Sedeño y otros de menor valor.

fico, o incluso por considerar improbable que la España de la Leyenda Negra diera lugar a elaboraciones teóricas de interés. En realidad, lo que sucedía es que cada escuela nacional conocía sus propios ancestros, y no remontaban lo conocido sino para enlazar con el período clásico grecolatino, al que consideraban paradigma de la libre inquisición y del humanismo. Así que no me quedaban muchas salidas, fuera del análisis crítico de la propia ciencia, dentro de cuya historiografía empezaba a abrirse paso la corriente «sociológica» que intentaba entender las peculiaridades y semejanzas de los muchos precursores, a la luz de las condiciones diferentes y semejantes en que se haya desenvuelto su labor. Uno de los caracteres fundamentales que acompañó siempre a la investigación etnológica fue la situación colonial expansiva, que permitía acercarse a pueblos nuevos. En relación con este factor, se ha puesto de moda establecer una correlación directa y mecánica, según la cual toda obra etnológica ha servido a la situación colonial en que surgía: posición que podemos ejemplarizar en la obra *Antropología y Colonialismo* de Gerard Leclerc, recientemente traducida, y a la cual hemos criticado en su momento².

Aceptado, aunque críticamente, este enfoque, me encontraba teóricamente capacitado para argumentar que si España tuvo colonialismo, debió tener producción etnológica, a menos que se demostrara en qué podía consistir la excepción. Las otras condiciones también se dieron en varios momentos de la historia patria: mínimo clima de tolerancia, comunicación erudita interurbana e internacional, sociedades y gremios de eruditos, etc. No obstante, luego de esta base teórica firme, faltaba seleccionar cuáles habían sido verdaderos creadores de teoría y de nuevos y sólidos conocimientos sobre sociedades colonizadas, cuáles primero y cuáles después, y con quiénes de fuera del ámbito hispánico —donde, eso sí, la producción etnológica ha obtenido un rango académico mayor, anterior y más continuo—; estaban en deuda, y finalmente en qué lugar y puesto de la ciencia —ya no en términos puramente nacionales— debían situarse. Todo esto faltaba por hacer. Yo me vi muy ayudado de la información que me fue llegando de Estados Unidos, donde las crónicas españolas han cumplido el papel de rellenar la información sobre pueblos aborígenes extinguidos, y del período prehispánico³. De otra parte, la corta

2. Vid. mi recensión, acompañada de proposiciones para España en «Antropología y Colonialismo: Anotaciones para el caso español». *Revista de la Opinión Pública*, Madrid, 1975, 42: 145-155.

3. A nuestro alcance está una prueba evidente del interés etnohistórico que se concede en Norteamérica a la documentación y crónicas españolas. Cfr., de GEORGE FOSTER: «Aspectos antropológicos de la conquista española de América», *Anuario de*

historia nacional no le permitió remontarse muy lejos en una historia nacionalista de la ciencia, lo que le obligó a reconocer los préstamos exteriores; y, finalmente, el amplio y variado desarrollo de esta ciencia, al mismo tiempo que sus conflictivos contactos con la política colonial, habían propiciado una intensificación de enfoques críticos y unas multiplicación de las historias de la ciencia. Todo esos factores me ayudaron bastante a situar el valor histórico, dentro de la ciencia, de las crónicas españolas de América. De toda esa producción historiográfica norteamericana, voy a utilizar hoy un autor, y solamente una idea suya, que sirve perfectamente para ilustrar su valor tanto en la historiografía canaria como en la universal, a la que va originalmente referida.

He procurado ilustrarme en historiografía canaria antes de decidirme a elegir este tema para mi participación, y espero en otra ocasión mostrar otros paralelos canario-americanos que se derivan de este mi primer acercamiento serio. Debo a la magnífica *Revista de Historia*, actualmente *Canaria* (1957) la poca información con que cuento en historiografía canaria, y en especial a los artículos de los señores Bonnet, Serra Ráfols, Alvarez Delgado, D. J. Wölfel, Cioranescu, De la Rosa Olivera, Miguel Santiago. Sin olvidar algunas orientaciones aparte de los señores Rumeu de Armas, Morales Padrón y al inolvidable Torres Campos. Gracias a ellos he podido calibrar la importancia del Libro del Conocimiento, del Canarién y de las relaciones de Da Recco, Ca Da Mosto, Jaldún, Hemmerlin, Bergeron, Azurara, Gomes, Valentim Fernandes, aparte las relaciones de los cronistas canarios, incluso anónimos, y de los cronistas castellanos, generales y de Indias. La crónica en que voy a poner hoy el énfasis va a ser la de Nicolosso Da Recco (1341), y ello tanto por la importancia cronológica temprana de su texto como por su contenido, supuesto copista, y sobre todo por la pertinencia a la historia general de la Etnología. Veamos primero lo que dicen las historias de esta ciencia, para tratar de utilizarlas en provecho de un paralelismo canario-americano.

Vamos a traer a nuestro análisis uno de los artículos más lúcidos que se hayan escrito —y conste que tengo conocimiento de unos cuantos centenares, que deben representar cerca del 90 por 100 de este campo, según mis cálculos— dentro de la historia de la Etnología.

Estudios Atlánticos (1954), vol. VIII, núms. 33-4, pp. 154-71. Igualmente, la intervención de Pedro Carrasco en el Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla (1964), en que se trata de un español exiliado en 1939, incorporado a la Universidad norteamericana. También entre nosotros han insistido en esto los profesores Alcina Franch y Jiménez Núñez, orientados en aquella tendencia norteamericana que, por supuesto, no es exclusiva .

No se trata del estudio de un autor, como la mayoría, ni siquiera de una escuela nacional, sino que representa un enorme esfuerzo por integrar toda la producción de este campo hasta el Renacimiento: todo ello en veinte páginas. Se ha convertido ya en un clásico, de obligatoria cita en todos los que rozan el tema con buena información. Y, además, es uno de los pocos que están concebidos con una idea moderna y coherente de la historia de la ciencia hasta la actualidad. Me refiero a *The Renaissance Foundations of Anthropology*, de John Howland Rowe⁴, conocido incaísta de la Universidad de Berkeley, famoso por su dominio de las crónicas americanas y por su aplicación de la arqueología clásica al campo americano. Formado en lingüística y arqueología clásica, su artículo es de alguna manera sorprendente por su despego con relación a la producción etnológica del mundo grecorromano, tan apreciada por otros; su talla histórica y su entrega al incaísmo puede medirse por haber recibido en 1957 el premio Robertson de la American Historical Ass. y en 1968 el nombramiento de Oficial de la Orden del Sol, el distintivo más alto civil del Gobierno peruano, sólo concedido al parecer entre los norteamericanos anteriormente al ex-historiador Philip A. Means⁵.

Prescindiendo del detenido análisis del artículo a la producción clásica, medieval y renacentista, pasemos a la tesis fundamental, y la breve alusión al área canaria. Para Rowe, la Antropología, en cualquiera de sus ramas (cultural y física), consiste en «el reconocimiento de la importancia científica de las diferencias físicas y culturales (y ello) le distingue fundamentalmente de otras disciplinas interesadas en el hombre y la conducta humana. De manera que la historia de esta idea es una parte singularmente importante de la historia de la antropología» (1965, 1) * Para Rowe, estas diferencias sólo son perceptibles a condición de existir lo que el conocido historiador del arte medieval E. Panofsky dice que careció el Medievo y el mundo clásico: una perspectiva histórica distante respecto al fenómeno en cuestión; de ahí que para Rowe la Antropología tenga su origen en el movimiento lingüístico y arqueológico a que asistió la Italia renacentista del siglo XIV:

«El Renacimiento comenzó en el XIV como una reacción contra los

4. *American Anthropologist*, 1965, vol. I, pp. 1-20.

5. Dato extraído del artículo de su alumno EUGENE A. HAMMEL: «Peck's Archaeologist», pp. 13-9, de *Papers in honor of J. H. Rowe*, publicado como número 40 de la *Kroeber Anthropological Society Papers*, Spring, 1969. En el número de 1964 de esta revista viene el artículo que Rowe dedicó al siglo XVI español, destacando la posible conexión entre el P. Acosta y Morgan. Tengo entendido que Jiménez de la Espada recibió un honor parecido. Cfr. Prólogo de MARTÍNEZ CARRERAS a las *Relaciones Geográficas de Indias (Perú)*, BAE.

* En este caso, como en otros, el autor hace referencia a una bibliografía que debió consignar al final de su ponencia.

nuevos ideales del XIII... En el siglo XIII, con el surgimiento del escolasticismo y el estilo gótico en arte, hubo un abandono general de la tradición clásica en filosofía, estilo literario, arquitectura y escultura, particularmente marcado en Francia... Los fundadores del Renacimiento querían volver de nuevo a los modelos clásicos y restaurar la vieja tradición. Su ataque a la obra de sus predecesores inmediatos, sin embargo, les llevó a enfatizar las diferencias entre lo cotidiano y los valores clásicos, de manera que llegaron a conocer gradualmente el contraste cultural entre la antigüedad y el presente...

El Renacimiento educó a su época en la idea extendida de que los antiguos eran no solamente diferentes, sino dignos de estudio. Los hombres entrenados en esta tradición estaban mejor preparados que sus predecesores para observar y anotar diferencias culturales contemporáneas, llegado el caso...

Sólo cuando los hombres han aprendido a ver diferencias entre el presente y el pasado, están capacitados para observar diferencias contemporáneas de su mundo circundante en forma algo sistemática» (1965, 9,8 y 12).

Esta tesis es la que dirige el artículo en cuestión, dedicado íntegramente a demostrar el excepcional valor de los estudios clásicos de Herodoto y Megástenes, y medievales de Rubruquis y Piano Carpini, aparte del aislado caso de Ibn Jaldún: excepcionales por su corto número, y por el poco caso obtenido en sus ambientes respectivos. De ahí que la tradición actual de la antropología no deriva de ellos, con los que no hubo continuidad: ésta comienza en el Renacimiento italiano, con figuras como Petrarca, Boccaccio, Giovanni Dondi, Ciriaco de Pizzicolti, Lorenzo Valla y Biondo Flavio. Los movimientos de interés en otras naciones supusieron un contacto con este ambiente: así el de Nebrija con L. Valla en Bolonia, y el de los letrados Marineo Sículo y Pedro Mártir en la corte española. De Pedro Mártir recibió G. F. de Oviedo el estímulo para escribir sus obras, y no hace falta insistir en este punto tan conocido del «clasicismo» de nuestros cronistas de América, y de su afán maníaco en ver lo americano a la luz de los clásicos, tanto en forma de modelo a seguir como a superar. De ahí la discusión entre «antiguos y modernos», de que se ha ocupado entre nosotros José A. Maravall (1964). No está de más aclarar que el siglo XVI español ha sido objeto de igual interés para el señor Rowe, y al que le ha dedicado otro brillante estudio.

Pero el tema nuestro nos retiene en el siglo XIV y XV, en que tienen lugar las primeras exploraciones por la costa africana, a las que nuestro autor le dedica dos párrafos: «Los relatos de la mayoría de los primeros exploradores se limitan a relatar sus propias aventuras, discutir problemas de navegación e indicar las características físicas de las nuevas tierras, y las oportunidades comerciales que presentaban. Los pocos

escritores que dedicaron alguna atención a los nativos y sus costumbres en los inicios de los grandes viajes de descubrimiento eran todos o italianos ilustrados u hombres expuestos a la influencia del Renacimiento italiano» (1965, 12). Efectivamente, se refiere luego a Enrique el Navegante, contemporáneo del Renacimiento italiano, y concluye que el único relato sistemático en términos etnográficos lo hizo un italiano, A. Ca Da Mosto, de todos los conservados.

Vamos a dejar a un lado esta preeminencia, ya que Rowe se refiere a todo el relato de Ca Da Mosto (Río de Oro, Canarias, Senegal y Gambia) y no a su breve exposición de las Islas. Personalmente, por lo que se refiere a éstas, creo preeminente la de Gómez Eanes D'Azurara, que trata de las cuatro islas no cristianizadas en detalle, sin confundir ni generalizar: creo que el noble caballero veneciano atribuyó a Tenerife rasgos pertenecientes a Gran Canaria (según Azurara: cuernos en la punta de sus dardos, y la institución del placet señorial para el matrimonio), y sospecho que pudo disponer de informes portugueses para su relación. La influencia de Azurara llegaría no sólo a Barros, Diogo Gomes y Valentim Fernandes, sino probablemente a Bergeron, a Galindo y a Viera⁶. Sobre ello volveré alguna vez, pues de mi lectura de estas relaciones, y sin más elementos, sospecho genealogías y prioridades diferentes a las de mis actuales informantes: por ejemplo, el MS. de D. Gomes (ca. 1482) me parece muy poco de fiar, incluso menos que el breve comentario de Hemmerlin en su Diálogo (ca. 1444).

Volvamos a la primera relación fidedigna que poseemos de las Islas Afortunadas, si descontamos la confusa alusión del compilador latino Plinio, que por otra parte sólo nos informa etnográficamente de la existencia de un pequeño templo de piedra en su Junonia, o La Palma («aediculam... lapide exstructam»), y muestras de edificios en su Canaria o Gran Canaria («vestigia aedificiorum»), y prescindiendo igualmente del brevísimo, pero sólido, relato de Ibn Jaldún poco posterior al de Da Recco, que aquí nos interesa⁷. En relación con Plinio nos importa precisar que fue recuperado muy tardíamente por el ingeniero italiano Torriani y el franciscano Abreu, a la tradición de la historio-

6. Cfr. el interesante art. de J. ALVAREZ DELGADO: «Los datos lingüísticos y la procedencia de fuentes canarias», *Anuario Est. Atlánticos*, 1967, 13: 315-28, así como la reseña correspondiente de E. SERRA en la *Revista de Historia Canaria*.

7. Para Plinio y Jaldún, en relación con Canarias, consultar los trabajos excelentes de J. ALVAREZ DELGADO en *Rev. Hist.*, 1945, vol. 65, pp. 26-61, y, respectivamente, el de ELÍAS SERRA, en la misma rev., 1949, t. XV, 167-177. Sobre el tema, primero hizo A. GARCÍA Y BELLIDO un repaso de la cuestión en términos generales: *Las Islas Atlánticas en el mundo antiguo*, Las Palmas, Univ. Internacional Canaria (1967), 32 págs.

grafía canaria. Y ello en ambos casos a través de otro erudito italiano, Lucio Marineo Sículo. En realidad, la asociación Afortunadas-Canarias nació en el ambiente renacentista italiano, pues en el relato de Da Recco se dice ya: «eas insulas quas vulgo repertas dicimus», y de ahí pasa al mallorquín-aragonés, donde en 1342 el lugarteniente del rey de Mallorca las llama «illes de Fortuna... noveyllement trovades» en licencia a Francesch Descalers y Domingo Gual. De ahí pasaría al ambiente portugués como «ilhas perdidas», sea vía cartógrafos mallorquines o por los mismos italianos, presentes en papel directivo primero en la Armada portuguesa, y luego en la Escuela de Sagres, el último de los cuales sería Ca Da Mosto⁸. Quizá el primero que llame Afortunadas a las Canarias, tras el largo silencio medieval, sea precisamente Francesco Petrarca en 1337, en su carta a Tommaso di Mesina, asegurando ya una familiaridad con las mismas, comparable a la que había entonces con el resto de Italia, Francia, Bretaña, Irlanda o todas las Orcadas. Siete años más tarde, escribe lo siguiente:

«No exceptúo las islas Afortunadas, colocadas al Occidente extremo, como las más vecinas y mejor conocidas de nosotros, muy lejanas de la India y del Polo, recordadas por muchos escritores, y principalmente en la lírica de Horacio. Allá en memoria de nuestros padres se internó una flota de guerra genovesa (ea patrum memoria januensium armata classis penetravit), y el Papa Clemente VI investía hace poco de soberano de estas islas a un Príncipe, del que ignoro la suerte que le haya tocado en aquel reino fuera del orbe»⁹.

Este interesante texto, junto con el de Da Recco, es la primera alusión «familiar» a las Canarias, antes que el de Jaldún, y que el Libro del Conocimiento, cuya deuda con las fuentes árabes, puesta de manifiesto por La Roncière en 1925, ha sido aceptada incluso por Bonnet (1944), y cuya pobreza etnológica no soy el primero en detectar, dejando aparte sus valores geográfico-didácticos. La obra de Jaldún, cuyo valor no ignora hoy ningún etnólogo, no puede ser puesta en parangón por lo que respecta a las Canarias con la de Da Recco, tanto por la riqueza de contenido como por el procedimiento de obtención

8. Cfr. el interesante trabajo de CHARLES VERLINDEN «Navigateurs, marchands et colons au service de la découverte et de la colonisation portugaise sous Henri Le Navigateur», *Le Moyen Age*, 1958, 4: 467-497, Paris. Aunque quizás no debamos olvidar la recensión de Serra Ráfols en su *Revista de Historia Canaria* (1961, p. 230). En el mismo año se ocupó don Elías de otro artículo, valorando otra vez la aportación italiana al «descubrimiento de Canarias», publicado por A. CIONARESCU en *Reseña*, Santa Cruz (1961).

9. RINALDO CADDEO (1928): *Le navigazioni atlantiche di Alvise Ca da Mosto, Antoniotto Usodimare e Niccoloso da Recco*. Milán, vol. I de la colección «Viaggi e Scoperte di navigatori ed esploratori italiani». Traducción nuestra de la p. 51.

informativa. Lo que sí quisiéramos comparar es la categoría de ambas fuentes en la historia de la etnología, ya que, a nuestro modesto entender, el transmisor de la relación de Da Recco, gracias a la información de unos comerciantes florentinos asentados en Sevilla, es Giovanni Boccaccio da Certaldo. Basándonos en las pruebas del descubridor del MS. de Florencia, Sebastiano Ciampi (1827), y en las evidencias biográficas de Boccaccio suscitadas por el señor Rowe, sugerimos, contra las opiniones de los historiadores Bonnet Reveron y Elías Serra, que probablemente el transmisor de la primera relación etnográfica de la Gran Canaria es el autor famoso de los quince libros sobre *De genealogiis deorum*, y de la menos conocida *De Montium, Silvarum... nominibus*, preparadas a partir de 1362, cuando la influencia poética y literaria que venía ejerciendo Petrarca sobre él se convirtió en una estrecha colaboración a la búsqueda de manuscritos grecorlatinos. Otro estrecho colaborador de Petrarca fue el físico y mecánico Giovanni Dondi (1318-1389), dedicado más a observar los monumentos arqueológicos; pero no el único, pues según Rowe, «la mayor parte de la literatura griega y latina que ha sobrevivido fue conocida en Italia alrededor de 1430» (1965, 10). Tiempo en el cual quedó establecida en Italia la costumbre de enseñar «literatura antigua», como una disciplina más.

Recordemos que a partir de 1353 Boccaccio es nombrado embajador en Francia (Avignon) y luego en Roma, gracias a los méritos contraídos tras la publicación del *Decamerón*, elaborado durante la peste de Florencia de 1348. Boccaccio regresaba tras un período de ocio producido por la quiebra de la banca Bardi de Nápoles, en 1340, a donde su padre natural, un mercader florentino, le había enviado contra su voluntad. Durante este ocioso decenio había empezado su carrera literaria, imitando, entre otros modelos, los *Trionfi* de Petrarca. Este autor, otro desterrado de Florencia, que estudió y viajó numerosas veces por Francia en su juventud ya había comenzado su colección de manuscritos romanos, empezando por el *Pro Archia* de Cicerón. Igualmente su fama literaria le puso en la mano dos premios simultáneos, uno de París y otro romano, eligiendo éste, lo que le facilitará el desempeño de cargos diplomáticos, entre ellos en Avignon (1342-1346). Es la época de los papas en Avignon, que va a desembocar a poco de la muerte de ambos (1378) en el gran cisma de Occidente, con la dualidad papal, hasta 1417. Ni que decir tiene lo que éste pudo estimular el sentimiento patriótico, ya no sólo florentino, de ambos amigos: al menos de Petrarca es conocida su breve y apasionada *Invectiva contra eum qui maledixit Italiam*, en pro de la vuelta a Roma de la sede pon-

tificia, y aquí puede estar el secreto origen del Renacimiento italiano. De hecho, la institución papal fue mucho tiempo el instrumento de unificación nacional por el que suspiraba Italia para evitar la dependencia de Francia y luego de Aragón: el mismo Maquiavelo confiaba en un hijo del Papa Alejandro VI para que devolviese la independencia al país heredero del Imperio Romano. Pues bien, Boccaccio pasó sus últimos años en su ciudad natal —tras haber sido embajador ante el Papa Urbano V, otra vez en Avignon—, comentando públicamente la *Divina Comedia* y reuniendo estudios de la antigüedad, según el estímulo recibido de Petrarca¹⁰.

Con estos antecedentes, ¿cómo era posible que llegare a Florencia una relación sobre una gesta italiana que no parase en manos de Boccaccio, convertido desde 1371 hasta su muerte en el máximo erudito local, y quién si no él la convertiría como magnífico conocedor de Virgilio y Cicerón en la ágil, breve y elegante prosa que nos muestra la actualmente llamada «relación de Da Recco», tan superior al latín macarrónico que han empleado otras crónicas de interés canario de un siglo después? Caso del *De Nobilitate et Rusticitate Dialogus* (ca. 1444) del canónigo de Zurich Felicis Malleoli Haemmerlein, traducido por Elías Serra (1943) con la excusa de que «la oscuridad del bajo latín de Hemmerlin obliga a una verdadera interpretación, no exenta de puntos dudosos»¹¹. Caso también del *De insulis primo inventis in mare oceano occidentis et primo de Insulis Fortunatis, quae nunc de Canaria vocantur* (ca. 1482), cuyo inspirador es Diogo Gomes, pero cuyo redactor parece Martín Benhain de Nurember, que tomó el relato de viva voz. También fue traducida, ahora por B. Bonnet (1940), con este comentario: «Los solecismos del texto recuerdan el latín franco de la Edad Media»^{11b}. Caso igualmente de los documentos papales de Clemente VI, Nicolás V y VI, que nos transmiten, además del texto de Hemmerlin, las pocas noticias que conservamos de los canarios, por vía mallorquina, según el mismo Elías Serra¹². Aunque yo no estoy convencido que la noticia del culto astral, que aparece en la carta de Nicolás V al obispo de Tortosa —el informante de Hemmerlin— proceda simplemente de los ciudadanos barceloneses que cita en 1369, y en todo caso eso obligaría a encontrar más detalles de los viajes mallorquines de 1342 y 1352 para completar esta información, que pasa por original de Ca

10. Para esta reconstrucción de Petrarca, Boccaccio y Gran Cisma de Occidente he usado la Gran Enciclopedia Larousse, en su edición española de Barcelona.

11. *Revista de Historia*, 1943, 64, p. 290, n. (e).

11 b. *Revista de Historia*, 1940, t. VII, p. 93, n. 2.

12. Apéndice 1 al tomo III de la trad. de Le Canarien, en la col. *Fontes Rerum Canariarum* (1965).

Da Mosto un siglo más tarde. Al respecto de los textos latinos papales, cabe recoger aquí una noticia que da Rowe: la finura lingüística alcanzada por los seguidores de Petrarca y Boccaccio —en este caso Lorenzo Valla— fue tal que le permitió en 1440 denunciar la famosa «donación de Constantino» (por la que se suponía que se legitimaba una traslación del poder temporal del imperio romano al Papado) como falsificación posterior, en la época de Carlomagno, lo que dio pie en su caso a una dura crítica de los excesos eclesiásticos, que tantos efectos fatales acarrearía a Lutero después y a Juan Hus poco antes. La Roma papal, complaciente con quienes habían luchado por romanizar la sede papal, le nombró secretario papal, y le permitió proponer correcciones a la Vulgata. Su discípulo Nebrija seguiría sus pasos sin tanta suerte.

Pero, volviendo a nuestro Boccaccio, a quien sabemos embajador por dos veces en la Aviñón de Clemente VI y Nicolás V, cuya condescendencia con el Príncipe de las Islas Afortunadas criticaba Petrarca en su *De vita solitaria* (1346, libro II, sección VII, capítulo 3.º). Ellos dos debieron conocer no sólo la expedición portuguesa de 1341, sino las mallorquinas de 1342 y 1352, favorecidas igualmente que la coronación de Luis de la Cerda en 1344 por los papas de Aviñón, puesto que coincidía con la época de sus embajadas. Mucho debió convenirle a la corona aragonesa la corte de Aviñón, ya que fue ella durante el gran cisma de Occidente quien más se opuso a su traslado a Roma, y unificación de los dos papas: los viajes de 1369 y 1386 revelan una gran intimidad entre ellos.

Por su parte, de Boccaccio tenemos el dato indirecto de la profesión de su padre (mercader florentino), de su profesión inicial en Nápoles como empleado de una banca. Ello nos hace sospechar su sensibilidad hacia la expedición portuguesa de 1341, cuya noticia llega a Florencia a través de sus delegados en Sevilla el mismo año, y quedaría archivada, para decentrarla cualquier interesado. Creo poder demostrar que Petrarca conocía y estaba interesado en esta expedición a través del texto anteriormente citado, y que, supuesta la conocida relación con Boccaccio y su mutuo interés en el pasado romano, en las glorias italianas del momento y en las «antigüedades» de los pueblos recién descubiertos, podemos creer a Sebastiano Ciampi, cuando al descubrir el MS. en 1826-1827, y tras las pruebas de la letra y curiosas ausencias de su nombre en una lista de hombres célebres italianos del momento, más la presencia del mismo en una firma borrada, lo atribuye a Boccaccio. De esta manera, demostraríamos otra vez la validez de la

teoría historiográfica de Rowe, pero aplicada ahora al caso canario, no al americano a que él lo refiere finalmente. Vayamos por partes.

La relación de Petrarca con la expedición portuguesa de 1341, en la que intervienen castellanos, portugueses, florentinos y genoveses, bajo la dirección de un florentino y un genovés (Da Recco, el que dio la información en Sevilla a finales de ese año), ha sido negada de varias maneras por cuatro historiadores. Los dos primeros dedicados a Historia general de los Descubrimientos, y los otros dos especialistas en crónicas de información canaria: respectivamente, Rinaldo Caddeo, en 1928, y F. Pérez Embid, en 1948, y por Elías Serra, en 1941-1942, y Buenaventura Bonnet, en 1943. Estos dos últimos se han referido directamente a la no paternidad de Boccaccio del escrito que conservamos, más directamente relacionado con esta expedición, que es una de las pocas, junto con la de Ca Da Mosto, en las que el interés va dirigido específicamente, y casi exclusivamente, a la población aborigen de las Islas, caso que Rowe afirmaba como excepcional fuera del ámbito italianizante, en especial florentino. Con la introducción biográfica de Petrarca y Boccaccio, creo que vamos a poder interpretar mejor tanto el documento de Petrarca, ya citado, como la propia relación que conservamos, la más antigua de Gran Canaria.

Rinaldo Caddeo editó en 1928 la relación de Ca Da Mosto, junto con la de Antoniotto Usodimare, de poco valor, y la de Da Recco, a lo que le adjuntó Introducción y Apéndices, que sólo venían a demostrar lo antiguas e influyentes que habían sido las exploraciones italianas en el Atlántico, pero que poco le habían beneficiado, pues quedaron aquellas tierras en manos portuguesas, francesas, inglesas y castellanas. Usando Petrarca sólo con esta intención, creyó ver en el párrafo antes citado («eo patrum memoria januensium armata classis penetrauit») de 1346 una prueba de alguna expedición genovesa entre la de los hermanos Vivaldi (1291) y la de Lancelotto (1312), probablemente anterior a 1304, en que nace Petrarca, por la frase «patrum memoria». El interpreta como «según la memoria de nuestros padres», lo que, después de la frase anterior («recordadas por muchos escritores, y principalmente en la lírica de Horacio») y antes de la siguiente («El Papa Clemente VI investía hace poco de soberano de estas islas a un Príncipe, del que ignoro la suerte que le haya tocado en aquel reino fuera del Orbe») debe entenderse más bien como «Allá, en memoria de nuestros padres (es decir, Horacio, Plinio, etc.) se internó una flota de guerra genovesa».

El señor Pérez Embid, en su libro citado, se propuso pasar revista a todas las exploraciones del Atlántico, con la misma idea «nacio-

nalista» que Caddeo: destacar el valor de las expediciones andaluzas. En el repaso a las expediciones genovesas, se opuso a la interpretación de Caddeo, y propuso que se considerase en relación con la de Mallo-cello Lancellotto «porque es a través de ella como únicamente puede entenderse su posible significación»¹³. Con ello impedía que significara algo porque se trataba de una «armata classis».

Yo creo que no hace falta acudir a navegaciones de las que no se tiene noticia para aclarar un texto, porque esto sólo vale como argumento «ad hoc», en el caso de Caddeo. Pero tampoco hay que invalidar los documentos que tenemos. Como la única expedición en que fueran genoveses de que tenemos noticia que fuese «armata classis» es la expedición portuguesa de 1341, cinco años antes del texto que interpretamos, podemos sospechar que se refiere a ella. El relato que se recibe en Florencia ese mismo año la describe como «duas naves... ferentes insuper equos et arma, et machinamenta bellorum varia ad civitates et carta capienda» (Bonnet, 14), y el autor de la descripción es el genovés Da Recco. Por otra parte, la relación del genovés no dice que la expedición sea portuguesa: «impositis in eisdem a rege Portugallo opportunis ad transfretandum com meatibus», que Bonnet tradujo como Malibrand en 1849: «cargados por el rey de Portugal de todas las provisiones necesarias». Esa falta de precisión le hizo decir a R. Caddeo que Portugal no había puesto sino las provisiones, lo que indignó mucho a Bonnet, que usa los argumentos de Alfonso IV de Portugal, expuestos al papa Clemente VI ante el nombramiento en 1344 de rey a D. Luis de la Cerda. Evidentemente el rey portugués se refería a esta exploración y su carta es auténtica, a pesar de las dudas de los mismos portugueses. Pero lo que está en juego es si el rey es objetivo al calificar como «súbditos nuestros» a los «homines florentinorum, januensium, et hispanorum castrensiu[m], et aliorum hispanorum», de que habla la relación de 1341 como tripulación que salió de Lisboa. Y sobre todo al decir que éstos precisamente fueron «los primeros descubridores de dichas islas»: ¿qué sabía el rey de exploraciones, si eran italianos los capitanes y tripulaciones de su Armada, ya en 1317? ¿Y si lo sabía iba a decirlo, aunque no le conviniera? También el rey castellano Alfonso XI protestó a Clemente VI, creyéndose con derechos, y parece que el único que apoyó a don Luis de la Cerda fue el rey aragonés, acogiéndolo en Poblet, mientras hasta el francés lo reclamaba para ayudarle en sus batallas en territorio francés.

Curiosamente, la narración de Petrarca de 1346 también protesta

13. *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1948, p. 60.

contra la decisión de Clemente VI, un papa ante el que era embajador de una noble familia italiana. El papa escribió a todos los monarcas europeos, como lo haría luego Roma a petición de Enrique el Navegante pidiendo ayuda en su cruzada africana, y se atrevió a hacerlo al mismo gobernador de Génova, Simón Bocanegra. No debemos suponer a Petrarca totalmente objetivo, como no suponemos a los reyes portugueses ni español, y hay un detalle de parcialidad evidente en este mismo párrafo: hablando de las Afortunadas dice al principio del párrafo que estaba «*nobis et viciniore et notiores*», y todavía «muy lejanas de la India y del Polo» (justamente la navegación que querían emprender los genoveses, evitando a mamelucos y mongoles). Sin embargo, al comentar el reino que le ha tocado al Príncipe de las Islas Afortunadas, lo describe como «aquel reino fuera del Orbe». No debemos usar un escrito de comentario agriado sobre la realidad social a que Petrarca asistía como si fuera un acta notarial, suponiendo que éstas sean incontrovertibles.

Hemos creído mostrar un poco de la poca objetividad tanto de los documentos como de los propios historiadores de descubrimientos. Veamos ahora si podemos encontrar algo mejor en los dos historiógrafos canarios, en cuanto a ese amor a la patria que ha impedido comprender aquella afirmación documental de Ciampi de que el MS. que se refiere a Da Recco fue escrito por Boccaccio; amor patrio que se opone no sólo a la objetividad histórica, sino también a la principal condición de un documento etnológico: conservar una perspectiva distante respecto al sujeto de estudio, que no anule el interés en su conocimiento. Algo al parecer que poseía el renacimiento italiano.

Es curioso que ni Serra Ráfols ni Buenaventura Bonnet hayan intentado ver a Boccaccio y Petrarca relacionados en su interés por las Islas Afortunadas. Y eso que el primero de ellos conoce el arunto, pues citaba una frase de E. Kunstmann bien clara: «Con los nombres de Boccaccio y Petrarca se ligan también las más antiguas noticias sobre las Islas Canarias»¹⁵, en 1943, pero después de declarar en su brillante exposición de 1941-1942 sobre las expediciones portuguesas a las Canarias: «Desde luego, la atribución del mismo a Boccaccio es

14. B. BONNET, en *Revista de Indias*, 1945, p. 415. Se trata de su tesis doctoral.

15. «Más sobre los viajes catalano-mallorquines a las Canarias». *Revista de Historia*, 1943, 64, p. 288, n. 9. Se trata de la relación de F. Hemmerlin, que A. Lütolf publicara en 1877 en una revista teológica, no logrando informar más que a Markham, que la usa en el Apéndice bibliográfico de su traducción de Espinosa. La cita de Kunstmann corresponde a un ejemplo del valor de la historia alemana de los descubrimientos, tan alto que permite en aquella fecha que Lütolf localice en 1370 el hecho

gratuita, pues se basa sólo en una corazonada de Ciampi»¹⁶. Entonces exige una edición contrastada con el original, poniendo en entredicho la edición y traducción de Ciampi, su descubridor, sin molestarse en exhibir la menor contraprueba. Un hombre de la erudición de Serra Ráfols, y del interés por la vida indígena que ha demostrado en la edición de las Datas y las fichas sobre las Actas del Cabildo de Tenerife, y en varias publicaciones próximas a la etnografía (cerámica, molinos de viento), y que incluso se ha permitido el trabajo, bien poco justificable, de traducir a Hemmerlin, después de reconocer que «los datos que contiene son preciosos para el conocimiento de los antiguos canarios», añade: «pero lo que aquí nos interesa es que aseguran el carácter oficial de la expedición, que iba provista de material de guerra... que demostraba de un lado una idea bien errónea del país al cual se dirigían (equos et arma et machinamenta bellorum varia ad civitates et castra capienda) y de otra el propósito de mantenerse en él, y es probable que precisamente al darse cuenta de que las islas no tenían otras riquezas que su suelo y su clima en lugar de las ciudades que imaginaban» (pág. 13).

Lo curioso es que su trabajo de 1941-1942 va seguido de la crónica de Azurara, en los datos que posee de interés etnológico sobre las islas no cristianizadas de Gran Canaria, Gomera, Tenerife y Palma, y de esta última además los relatos de las razzias portuguesas con ayuda de gomeros. Luego lo etnológico le interesaba, y es bien raro que la relación de Da Recco sólo le interese para demostrar que la expedición era «oficialmente» portuguesa —de lo cual ya hemos visto su carácter debatible— y que las Islas no merecían la pena, lo cual todavía no se habían dado cuenta. Quizá interese saber ahora que la isla que describe principalmente Da Recco es Gran Canaria, y que no se atreven a poner pie en Tenerife, mientras que la relación de Azurara describe las cuatro, y da un nivel de desarrollo cultural parecido a Gran Canaria y Tenerife, oponiéndolo al «salvajismo» de Gomera, y sobre todo de Palma.

¿No será que la relación de Da Recco, y máxime si fue transcrita nada menos que por Boccaccio, no le interesa, a pesar de reconocer sus méritos intrínsecos, debido a que trataba no precisamente de Tenerife, sino de Gran Canaria? He estado largo tiempo sin entender su postura arbitraria en la crítica de las pruebas de Ciampi —posición «hipercrítica» que no he visto discutir a nadie posteriormente— y el desinterés por la crónica de Da Recco, hasta que he enfocado su actitud a la luz de

a que se refiere Hemmerlin. Tampoco Kunstmann encontró hasta ahora nadie que le hiciera caso. ...

16. B. BONNET: *Rev. de Historia*, 1944, 67; 205 y ss.

un posiblemente inconsciente velo nacionalista, de tanta raigambre a través de su obra. La explicación no pretende abarcar toda la obra imponente del profesor Elías Serra, pero adquiere nivel de verdadera repasando algunas de ellas. En 1945, comentando la tesis de Bonnet, publicada en la *Revista de Indias*, le permite que considere incluso falsa la relación de Da Recco porque describe el sistema de numeración canario con 16 unidades, algo que a Bonnet, anacrónico evolucionista, considera impropio de un pueblo primitivo. Pero cuando pone en duda la creatividad cultural de todos los insulares, incluidos los guanches de Tenerife, entonces el comentarista destruye la autoridad de Verneau, en quien Bonnet apoya su ingenuo evolucionismo extremo, y admite como prueba hasta la relación de Da Recco, negando la posibilidad de que los mallorquines hayan podido traer las higueras, sistema de construcción de casas, trabajos en madera, acequias, y hasta las instituciones políticas (a tanto llegaba la credulidad de Bonnet en los cronistas locales de la colonia, y en el primitivismo canario), porque Da Recco las describe antes de 1342, en que llegan los mallorquines. Ya antes había criticado Elías Serra a su antiguo profesor Bonnet cuando se atrevió a negar la existencia de los menceyatos tinerfeños, aduciendo en 1943 y 1944 informes de las *Datas de Tenerife*. Y esta crítica se la repite en 1954, en el prólogo al *Gadifer de la Salle* de Bonnet, cuando hace su bio-bibliografía. En el artículo dedicado a «Los árabes y las Canarias prehispánicas» en la *Revista de Historia* (1949) tampoco dice que lo que Jaldún describía probablemente eran cautivos de Gran Canaria en Marruecos. En 1961 se enfrenta a Ch. Verlinden, que en varios trabajos destaca la participación genovesa en la Escuela de Sagres, y en la colonización canaria, y todo en la misma revista que él dirige, y en el mismo año acoge con resistencia los datos de Cioranescu sobre la presencia de un Johannes Canariensis en la Génova de 1293, y publica un artículo —«El redescubrimiento de las Canarias»— opuesto al espíritu del de Cioranescu. La reseña del artículo de Alvarez Delgado en *Anuario de Estudios Atlánticos* (1967) titulado «los datos lingüísticos y la procedencia de fuentes canarias», también le hace dudar de que verdaderamente Abreu usara fuentes portuguesas, y sobre todo que Da Recco fuera conocido por nadie antes de 1826.

La postura refinada e imperceptible de Serra se convirtió en Bonnet, que la hereda en 1943 en su artículo de la *Revista de Historia* sobre la expedición de 1341, en negación de evidencias y contradicciones flagrantes. Como este artículo se incorporó a su tesis del año siguiente en Madrid, se le puede descubrir más sus fallos por las breves alteraciones introducidas. Bonnet ignoraba en 1943 que Ciampi había

publicado asimismo el original latino, y que R. Caddeo había simplemente modernizado el texto, sin traducirlo del original. Consecuentemente, cree que el «primero que dio a conocer dicha expedición en estas islas» fue Berthelot en 1842, llamando para ello mentiroso a Chil y Naranjo, que negaba haber usado a Berthelot. También criticó duramente a Malibrand, que en 1849 había reproducido ambas versiones (latina y castellana), diciendo en 1945 que su texto latino «está materialmente plagado de errores», y sin embargo se permite copiar su traducción, que no altera prácticamente en la tesis. Esta tiene supresiones muy significativas, respecto al texto anterior, como la cita de que Berthelot fue el primer editor, y una cita del historiador Benítez, que considera la relación de Boccaccio «una especie de leyenda que instruye y deleita juntamente». Igualmente elimina una cita de Ciampi, que juzgaba que el MS. estaba inconcluso, debido a que se añadía una hoja en blanco, detrás de la relación de los numerales, no sé si para quitarnos la duda de que los canarios contaran más de dieciséis en su lengua. La crítica al evolucionismo extremo de Bonnet por el profesor Serra, nos ahorra comentario al respecto de su actitud crítica ante la aborignidad de lo que él encuentra demasiado difícil para que lo hayan inventado los canarios. Pero, como Serra se muestra complaciente con su «disgresión» sobre los numerales, exhibiré una frase reveladora de su juicio sobre los pueblos primitivos: «la mejor prueba de la asombrosa inferioridad intelectual de muchas razas salvajes» es el no saber contar más de dos, ni lo que contienen los dedos de la mano (1945, 11, de la *Revista de Indias*).

Creo que Boccaccio tenía mejor opinión sobre las «antigüedades» clásicas y presentes (como le llamaban Nebrija, Ambrosio Morales o Bernardino de Sahagún a las costumbres actuales de los pueblos primitivos y áreas rurales por las que se interesaban), cuando dejó una hoja en blanco sobre la que añadir nuevos datos sobre este pueblo, quizá consultando al propio Da Recco personalmente —se había mostrado un poco receloso en el interrogatorio que le hicieron los mercaderes florentinos de Sevilla— o del capitán Di Corbizzi, florentino, del cual está apuntado al margen del MS. el nombre de un pariente conocido en la Florencia de sus días.

No cabe duda que muchos de los méritos de las observaciones contenidas en este MS. proceden del que los observó, Da Recco. Así, el haber complementado lo visto en la breve incursión a un poblado costero de Gran Canaria con lo que les sucedió con los cuatro canarios raptados, que se les acercaron nadando a la embarcación en la parte sur de la isla. Verificó que eran inteligentes porque, aun sin compartir

la lengua, se entendían como nuestros mudos, por señas, y seguramente en el viaje de regreso le extraerían los numerales, ya que es el único dato lingüístico, y ellos no hablaron en su visita a la parte norte de la isla, de donde se llevaron un ídolo. Hacen incluso experimentos con ellos, para saber lo que gustan de comer, si usan moneda, vasos, adornos, etc. En suma, completaron lo mucho que pudieron observar en su breve visita. Además, Da Recco se atrevió a hacer comparaciones de su lengua con la italiana, y de su modo de bailar con los franceses. Esto quizá era el producto de su experiencia de marinero, que tocaba puertos de Oriente y Occidente. En eso se diferenciaba del coetáneo autor del Libro del Conosçimiento, que no habiendo nunca visitado probablemente ninguna ciudad fuera de su Sevilla, donde residía, admitía aun que los canarios tenían solamente una pierna, tal como relataban los cronicones medievales de los habitantes de la India (se suponía que las Canarias estarían camino de la India)¹⁷. Y, desde luego, del Obispo de Tortosa, o del canónigo Hemmerlin (quien sea realmente el autor de la información que le transmitieron de la visita catalana en 1369), quien, entre otras barbaridades, opina lo siguiente: «vieron gentes de uno y otro sexo... que ladraban a manera de los perros; sin embargo se entendían mutuamente y con claridad a su manera... solían comer crudos (los bueyes, ovejas y aves que según Hemmerlin existían en las Afortunadas), al igual que hacen los cíclopes y los agriófagos en la India... y como en otro tiempo los vínulos y los húngaros».

Y digo que el texto de Hemmerlin contiene «barbaridades», porque, como bien atina Lévi-Strauss: «Bárbaro es, en primer lugar, quien cree en la barbarie». Este no era el caso de Da Recco. Pero el problema que yo creo haber resuelto es que lo que Da Recco vio no nos habría llegado si Boccaccio —tal como planteaba J. H. Rowe— no lo hubiera considerado tan digno de transcribir, como las mitologías y toponimias romanas. Junto con Ca Da Mosto, es el único que se interesa en su libro solamente en costumbres indígenas, al estilo de como harán luego los españoles imbuidos de visión clasicista del mundo, y en especial los gramáticos influidos por Nebrija.

Gracias a esta visión comparativa, recibida del Renacimiento italiano, el noble veneciano Ca Da Mosto pudo justificar el Proemio a sus Navegaciones de manera tan parecida a como nuestros primeros cronistas justificaban el interés de sus libros, es decir, basados en la novedad y alteridad de lo que habían visto respecto al viejo. Conciencia

17. B. BONNET: *Rev. de Historia*, 1944, 67; 205 y ss.

de alteridad que, siguiendo a Rowe, debemos ver como signo de valor etnológico: «Siendo yo... el primero de la nobilísima ciudad de Venecia que se haya movido a navegar el mar Océano fuera del Estrecho de Gibraltar, hacia el mediodía... y habiendo visto en este viaje mío muchas cosas nuevas y dignas de noticia... tal como lo he anotado de tiempo en tiempo en mis diarios, lo iré transcribiendo de manera que quienes hayan de venir tras mía puedan entender cuál ha sido mi ánimo en buscar lugares diversos y nuevos; pues verdaderamente, en comparación con los nuestros, aquellos que yo he visto se podían llamar *otro mundo*» (Caddeo, 1928, 159-160).